

IVAN KRASTEV

«El comunismo no fue derrotado por el capitalismo, fue un suicidio»

POLITÓLOGO

- El búlgaro publica, junto con Stephen Holmes, el ensayo «La luz que se apaga», donde analiza el declive de la democracia liberal tras la Guerra Fría

INÉS MARTÍN RODRIGO
MADRID

Con el final de la Guerra Fría, Occidente se frotó las manos y, quizás, pecó de soberbia. Asistió al hundimiento del comunismo, su mayor enemigo, y dio por sentado que aquel modelo que le había llevado hasta allí, la democracia liberal, podía ser impuesto, sin más, a todos los países del Este que, hasta entonces, habían estado al abrigo glacial de la Unión Soviética. Con lo que no contaba el liberalismo era con que esa imitación, la occidentalización forzosa tras la caída del Muro de Berlín, terminaría siendo la fuente principal de la violencia y el populismo reaccionario que hoy vivimos en todo el mundo. ¿Por qué? Muy sencillo: cuanto más imitas a alguien, más temes perder tu propia identidad, por lo que te rebelas. Esa es la tesis que el politólogo búlgaro Ivan Krastev y el estadounidense Stephen Holmes, profesor Walter E. Meyer de Derecho en la Universidad de Nueva York, despliegan en «La luz que se apaga. Cómo Occidente ganó la Guerra Fría pero perdió la paz» (Debate), un libro apasionante, que se lee como un tratado de cordura, y que el primero ha presentado en Madrid.

—La aspiración hegemónica del liberalismo tras la Guerra Fría, ¿era realista? —No, pero era inevitable, porque se vio derrotado al enemigo principal. Pero ese enemigo no fue derrotado por el liberalismo, sino por la Historia. El comunismo no fue asesinado, se suicidó por desesperación. Otra de las ilusiones de 1989 fue pensar que el contexto internacional iba a cambiar, pero Occidente se mantendría igual. Treinta años después, somos conscientes de hasta qué punto el modelo occidental liberal estaba condicionado por la Guerra Fría. —Y hoy, ¿ha perdido el orden liberal su dominio mundial?

—Países como Rusia o China están adoptando el orden liberal, pero lo están pasando por su filtro. El argumento de ambos es que, en realidad, el liberalismo nunca fue dominante, era sólo una tapadera de la hegemonía estadounidense.

se. Hoy asistimos a una crisis institucional. En 1948, cuando se redactó la Declaración de Derechos Humanos, las sociedades de todo el mundo eran menos liberales que ahora, pero todos los Gobiernos votaron a favor; si esa declaración se sometiera ahora a votación...

—Uy, me temo que sólo votarían a favor unos cuantos países.

—Exactamente. Hoy, las sociedades son más liberales, pero el liberalismo está siendo cuestionado más a nivel de las relaciones intergubernamentales.

—Según el politólogo estadounidense Ken Jowitt, al que citan en el libro, «la principal característica de la historia internacional es que tiende a la diversidad cultural, institucional e ideológica». Y, sin embargo, hoy estamos viviendo, en todo el mundo, un repliegue nacionalista y localista. ¿Por qué?

—El mismo Jowitt, cuando escribió «El nuevo desorden mundial», dijo que Fukuyama tenía razón: ninguna ideología va a oponerse a la democracia liberal como el comunismo lo hizo, pero va a haber movimientos de rabia, violencia. Y lo dijo antes del 11-S, en 1991.

—Lo cierto es que hemos perdido la capacidad de pensar en el mundo como algo que compartimos. ¿Es el precio a pagar tras el final de la Guerra Fría?

—Sí lo es, pero yo añadiría la globalización. Antes, el mundo estaba más frag-

“Cambios

Líderes

«A medida que la política es más psicológica y emocional, la utopía tecnocrática de una política sin líderes no funciona. Necesitamos líderes carismáticos»

Ideales

«Antes el mundo estaba más fragmentado, pero teníamos la idea de una humanidad común. Ahora vivimos en esa humanidad, pero no creemos en ella»



Ivan Krastev, fotografiado en el Instituto Aspen en un momento de la entrevista

mentado, pero teníamos esa idea de una humanidad común. Ahora, vivimos en esa humanidad común, pero ya no creemos en ella. El momento álgido de la universalidad occidental tuvo lugar cuando Occidente era el más poderoso, pero el reto es seguir siendo universal cuando se pierde poder, como ahora.

—¿Y cómo conseguirlo?

—No lo sé. Hoy la gente está muy dis-

puesta a saltar al vacío dando respuestas. Yo creo que lo principal es hacernos las preguntas adecuadas. En lo que respecta a la UE, yo me planteo preguntas más prácticas: ¿cómo debe hablar Europa en un mundo en el que todos los demás actores hablan desde sus intereses nacionales? La metáfora que uso es que la UE debe dejar de ser un misinero y convertirse en un monasterio.

—¿Por qué?

—En las últimas décadas, la UE se ha visto como el laboratorio del futuro, hemos experimentado con nosotros mismos: soberanía compartida, interdependencia económica... Y supusimos que otros querían ser como nosotros. Por eso se amplía la UE. Entendíamos el mundo basado en la capacidad transformadora de Europa. Pero ahora estamos empezando a entender que muchas cosas que creíamos universales son excepcionales. Y no se trata de autoritarismo ni de democracia. El nacionalismo es tan fuerte en la India democrática como en la China autoritaria.

—En el libro sostienen que estamos ante el comienzo de la Era de la Imita-



«UNA LUZ QUE SE APAGA»
Ivan Krastev y
Stephen Holmes.
Editorial Debate.
341 páginas.
22,90 euros.

«La ilustración y la existencia de una verdad común están en crisis»

I. MARTÍN RODRIGO MADRID

—Sí, como Kipling, hubiera tenido la posibilidad de darle a este libro dos finales diferentes, ¿se quedaría con el feliz o el trágico?

—Llevamos a Kipling al título para evitar esa pregunta (ríe). El efecto más paradójico de 1989 fue que pasó algo inesperado: el colapso del comunismo. Como consecuencia, nos creímos capaces de predecir el futuro. Pero el futuro no está escrito en ninguna parte.

—Ahora no hay espacio para la crítica. Antes, podías creer en una ideología, pero ser crítico con el partido que la representaba.

—Sí, y esto es muy importante. La mayoría de disidentes europeos en los años 70 y 80 eran excomunistas. Atacaban a los partidos dirigentes en nombre de una ideología, decían que el Gobierno había traicionado esas ideas.

—En el contexto actual, los intelectuales tienen un papel crucial, y no sé si están a la altura...

—No lo estamos, pero además hemos perdido nuestro poder. Los intelectuales básicamente hablan en nombre de la ideología o de la verdad. Y cuando ni la ideología ni la verdad se toman en serio, entonces los intelectuales hablan basándose en su propia experiencia. La figura clásica del intelectual es la de alguien ilustrado, y la ilustración está en crisis, como lo está la existencia de una verdad común y de unos valores universales.

GUILLERMO NAVARRO

ción Antiliberal, donde dirigentes autoritarios, como Bolsonaro, imitan a Trump y se sienten legitimados por él.

—Bolsonaro imita a Trump para demostrar que puede ser igual, que no hay limitaciones a su conducta. La Imitación Antiliberal va a generar más divergencia. Trump dijo: «Ha llegado el momento de los patriotas y los nacionalistas». Genial, pero el problema es que los intereses de los patriotas norteamericanos y los de los patriotas brasileños son muy distintos. Cuando la hegemonía liberal existía, podían estar unidos contra un objetivo común, porque compartían la idea de un bien común. Pero los nacionalistas no, los nacionalistas creen en el juego de todo o nada.

—¿Cree que pueden surgir líderes que se opongan, que planten cara a ese tipo de comportamientos populistas?

—En la política tiene que haber líderes carismáticos. Había una ilusión, particularmente europea liberal, de que los políticos no importaban, que las instituciones eran tan sofisticadas que cualquier persona mediocre podía hacer que el sistema funcionara. Pero a medida

que la política es más psicológica y emocional, esta utopía tecnocrática de una política sin líderes no funciona, ni a nivel de las élites ni a nivel de los antisistema. El poder para movilizar la imaginación de la gente es básico en política, y esto es fundamental tanto para el liberalismo como para el antiliberalismo. —Pero hay una diferencia, y es que el

mensaje de Trump es la mentira, es la esencia de su antiliberalismo. ¿Es posible recuperar la verdad, que la gente pueda distinguirla de lo falso?

—El argumento básico de Trump es que no hay diferencia entre sus mentiras y las verdades de los demócratas, porque ambos lo hacen por la misma razón.

—Por el poder.

—Exacto. A él le funciona y a ellos tam-

bién. Estamos hablando de una instrumentalización total de la verdad. La verdad en sí misma no tiene valor. Si la gente muriera por las mentiras de los líderes, sería menos tolerante. La política se ha metido en una realidad virtual en la que nadie responde de sus actos, la gente cree que todo el mundo miente, hay una especie de cinismo generalizado, y eso hace que Trump funcione y que la gente le vote independientemente de lo que diga. Eso no funcionaría si tuviera que responder por haber mentado.

—El problema es que, como usted sostiene, ha surgido un nuevo ciudadano, el ciudadano paranoico.

—Se nos está privando de estos proyectos ideológicos universales. Y el problema es que las teorías de la conspiración están empezando a desempeñar el papel que antes tenía la ideología.

—Por último, no sé si conoce la situación actual de la política española...

—No tanto como para poder opinar. A mí me fastidia mucho que vengan extranjeros a mi país a hacer declaraciones sobre una situación que desconocen, y por eso yo procuro no hacerlo.

“Realidades

Ideología

«Se nos está privando de proyectos ideológicos universales. Las teorías de la conspiración empiezan a desempeñar el papel que antes tenía la ideología»

Verdad

«Hay una instrumentalización total de la verdad, ya no tiene valor. Si la gente muriera por las mentiras de los políticos, sería menos tolerante»